

Modernidad y criminalidad: reflexiones sobre la violencia atroz.

(Este texto fue publicado originalmente en Gaceta Ide@s, Concyteg, núm., 36, Junio de 2008.
<http://octi.guanajuato.gob.mx/gaceta/Gacetaideas/frmPrincipal.php>)

Víctor Alejandro Payá¹

Presentación

La luz trasera parpadea, virando rápidamente el auto en la misma dirección; la situación es filmada desde la patrulla quien se encuentra en persecución tenaz; mientras observo la televisión me pregunto qué significa esta señal contradictoria que previene la vuelta, mientras se pretende escapar de la policía. Sin duda, el conductor interiorizó la ley y “sabe” los límites entre lo censurado y lo permitido; introyección de valores, normas y expectativas propias del proceso de socialización, diría Talcott Parsons. No obstante, en este proceso de interiorización de la ley algo siempre se malogra, puesto que el ser humano, deseante por antonomasia, disfruta pasearse en las fronteras de lo prohibido. Involuntario o no, el gesto del conductor hace saber que conoce las reglas de la convivencia social, aunque al mismo tiempo apunta hacia el otro lado del juego: el de la satisfacción por romperlas. La vivencia vertiginosa de la velocidad, hace que este insignificante gesto del conductor adquiera sentido, es una clave para descifrar un tipo de placer fruto del desafío. La acción puede derivarse de un individuo solitario, no obstante, su naturaleza provocadora tiene el fin de hacer reaccionar a la autoridad; actualmente esta figura se magnifica ya que la delincuencia organizada crea un escenario de competencia, un juego del juego cada vez más fuerte, donde el cinismo y el reto son elementos indispensables para el combate abierto. Sin duda, éste límite entre lo que prohíbe una sociedad y lo que permite no es el mismo si muchas prácticas consideradas violentas se perciben como algo cada vez más natural. La violencia gana terreno en diversos grupos sociales que la integran como una experiencia significativa dentro de la cotidianidad. Por una parte, la sociedad de consumo mueve este umbral que cede terreno a la violencia en

¹ Dr. en Ciencias Sociales. Investigador de la Facultad de Estudios Superiores Acatlán, UNAM, miembro del Sistema Nacional de Investigadores. E-mail: paya@servidor.unam.mx

contra de la ley, por otro, las actividades violentas no dejan de interrogarse en torno a la actuación de la autoridad a la que tratan de imponer su ilimitado goce. Naturalización de la violencia y juego con la ley son entonces elementos ha considerar en el estudio de las nuevas formas de criminalidad.

Y es que el avance científico y la expansión de la tecnológica no siempre están al servicio de las causas más humanas. De hecho, la exclusión de millones de personas y la falta de empleos dignamente remunerados, tiene su contra parte en los múltiples movimientos de protesta y más fatídicamente, en el aumento de las bandas juveniles y la criminalidad. Interesante es observar cómo, la tecnología es utilizada por grandes sectores de la población con el fin de participar en una economía de intercambio informal que se desarrolla en los espacios públicos. La denominada piratería se sustenta en el avance de la electrónica que sirve para la clonación de películas, programas de cómputo, material musical, enciclopedias, cursos, documentos oficiales, etcétera. La apuesta a las leyes del mercado y el precepto “empléate a ti mismo” propugnado desde los años ochenta por políticos de vista corta y economistas liberales, muestra hoy sus devastadoras inconveniencias a través de la corrupción en la que se sustenta a través de la venta de espacios, en la evasión fiscal, en el robo de los servicios urbanos y en la degradación de la convivencia urbana. La ciudad adquiere otra apariencia, transformada por la vida comercial que se desarrolla en sus calles; además, como toda actividad económica, ésta no está exenta de los procesos de concentración y centralización de los recursos. Una gran mayoría de personas no está dispuesta a perder sus fuentes de empleo, ni tampoco los privilegios que dejan estos nichos económicos. La exclusión social que la globalización provoca en gran parte de la población tiene sus consecuencias en estos fenómenos sociológicos. El crecimiento de la criminalidad y de las nuevas modalidades que adopta, en donde priva el cinismo, la falta de escrúpulos y el daño al cuerpo de la víctima es su característica principal, de tal suerte que el resto de la población vive atemorizada. El miedo de la población va más allá de cualquier discusión estadística puesto que el problema no es sólo de naturaleza cuantitativa sino, principalmente, del orden cualitativo. Esto significa que la población no es ajena a la manera impúdica en que actúa la delincuencia ante la ineficacia de la autoridad y el deficiente sistema de

administración de justicia que es incapaz de reparar el agravio cometido a la sociedad.

El posicionamiento de los sujetos en torno a la ley simbólica -que coloca diques al deseo, por antonomasia ilimitado- impulsa, paradójicamente, los comportamientos brutales y siniestros. Nuevas figuras de la criminalidad sustentadas en la crueldad hacia la víctima no pueden verse como producto de la casualidad, antes bien, los criminales han encontrado un camino para desbaratar todo tipo de resistencia que presente la víctima. Y es que cualquier acto de defensa, por pequeño que sea, suscita una respuesta desmesurada del criminal que no tiene ningún empacho en lesionar o asesinar a su víctima. Nuevas figuras de violencia imaginaria son creadas por una población desgarrada por un mercado que fundamenta todo en el dinero. Modernidad trágica que exhibe su “inmenso arsenal de mercancías” a toda una población que no cuenta con las posibilidades para acceder a su disfrute y que encuentra sus propios caminos en la venta de droga, el secuestro como industria, el tráfico ilegal de armas, etcétera. Las mordeduras en los senos encontradas en las jóvenes asesinadas de Ciudad Juárez representan las marcas del odio hacia la mujer; pero también la venganza entre hombres y los ajustes de cuentas que dejan su huella en el cuerpo decapitado, en la obliteración de genitales, en la tortura o el tiro de gracia. Signos actuales de esta creación imaginaria terrorífica. De estas nuevas figuras de la violencia pretendemos reflexionar, conjeturar a través de diversas teorías y conceptualizaciones que se han realizado sobre el tema, con el fin de acercarnos un poco más a lo que Jorge Semprún denominaba “el mal radical”.

Sociabilidad, Estado y ley

Kelsen fue uno de los primeros estudiosos del Estado que se interesó en la relación entre el universo jurídico con la dimensión psíquica. Sin duda la relación no es mecánica y existen infinidad de intermediaciones, pero existe. La política tiene la virtud de conformar una realidad a partir de ese significativo amo cristalizado en el Estado que, como sabía Hobbes, debe inhibir las desmedidas ambiciones que conducen, inevitablemente, a que el hombre sea el lobo del hombre (Hobbes, 1980). El hombre *libre* debe ser *súbdito* y Hobbes

no ve ninguna contradicción en estos dos términos, tal vez porque intuye acertadamente que ello supone la interiorización de la ley. Jonh Locke cree en la razonabilidad del pacto social y en un Estado que inhiba la conducta desmedida; su visión del Estado no responde a la urgencia del estado de guerra y en la presencia omnipotente del soberano, sino en la legitimidad institucional (Locke, 1990). A diferencia del economista que apuesta por las leyes del mercado para la regulación del intercambio humano, o de los sociólogos que subrayan la división del trabajo y el papel de las instituciones sociales, la ciencia política estudia el ordenamiento de la sociedad, desde la dimensión del poder, del Estado y su violencia legítima, en donde el papel de la ley es central.

La ciencia política no desconoce las dos caras de la ley: la primera, relacionada con la legalidad y sobre todo, con la legitimidad que convence a los gobernados de su bondad; la segunda, refiere a su faceta discrecional y abusiva que cristaliza en los gobiernos autoritarios y sangrientos. En el plano de la psique Sigmund Freud señalaba que el superyó era, por una parte, ideal a seguir, imagen enaltecida que orienta hacia el futuro anhelado pero, por otra parte, también descubrió esa otra presencia cruel que atormenta reiteradamente al sujeto en sus perversidades y obsesiones.

De la referencia a la Ley nadie escapa, aún sea para desmentirla, como el conductor desbocado, o el ladrón que espera la presencia de la patrulla para asaltar el comercio. La ley contiene e inhibe al hombre en su deseo ilimitado, pero también funge como un acicate para la trasgresión, por eso las festividades persisten, en tanto momentos de exultación donde se da rienda suelta al cuerpo o se le infringe dolor. En *Las formas elementales de la vida religiosa* Durkheim señalará la importancia de estos procesos de emergencia y éxtasis grupal en donde surgen las creaciones imaginarias (Durkheim, 1991). Este derroche, aparentemente irracional, es esencial para la reproducción social; su fundamento está en el intercambio humano, intercambio de dones y objetos que son a su vez talismanes (Mauss, 1991).

El antropólogo social Bronislaw Malinowski demostró que las sociedades nativas eran tan complejas como las llamadas civilizadas y que el crimen cumplía una función en la medida en que cohesionaba a la comunidad en contra de aquellos que lesionan su moral, que rompen las interdicciones

atentando con ello a sus fundamentos. Toda sociedad regula la sexualidad e impide el homicidio, poniendo así, diques a los impulsos e instintos que atentan en contra de la reproducción del vínculo (Malinowski, 1986). El crimen no escapa a ninguna sociedad y tal vez sea a través de éste, que podamos profundizar sobre la naturaleza humana pues, como decía Lévi-Strauss, a fin de cuentas todos estamos hechos de la misma pasta.

Genograma familiar y modernidad

¡Dichoso el niño cuya madre es al menos consistente!
Donald W. Winnicott

La modernidad flotante rompe las estructuras del parentesco sacando a escena nuevas identidades sociales: mujeres fálicas que, en aras de una mejor posición social, desprecian profundamente la vida, luchadores sociales que disfrazan sus demandas plagadas de omnipotencia infantil, homosexuales y “rizomáticos libidinales” que escudados en la democracia y el discurso de la tolerancia, reivindican el mito platónico de lo uno indiferenciado, perezosos del intelecto que simulan su quehacer en discursos y prácticas excluyentes de toda interrogación, adictos a las computadoras que equiparan la información con la literatura, políticos arribistas, cínicos y faltos de ética ante su actuar impúdico e inconsecuente. Nuevo espectáculo social al que debe añadirse las nuevas figuras de la violencia criminal.

El juego del deseo cambia y se desborda. Nos enfrentamos a un mercado global que todo lo iguala. El mundo pierde sus fronteras y las identidades giran en su reversibilidad caótica. El tiempo y el espacio no se concreta ya más en la estructura de parentesco elemental configurada por las ligaduras de alianza, filiación y consanguinidad. Recordemos que la prohibición endogámica resta y pone límites al autoerotismo exacerbado que eclosiona toda relación con el otro, a la madre y a los hermanos que imposibilitan la apertura y movimiento del sistema en la diversidad de sangre que enlaza, gracias al intercambio, a los distintos grupos entre sí. Las alianzas suman y mantienen la diferencia (sexual/parental, jerárquico/generacional, consanguínea/fraternal). De este proceso nace el sujeto con su propio deseo -a

partir de la renuncia endogámica-, imposibilitado para su realización cabal; en este genograma levistrossiano, el deseo persiste porque no es colmado en absoluto, o como afirma Jesús Ibáñez: el deseo “nace castrado”. A cambio, debe mantenerse la promesa de intercambio simbolígeno de palabras, de objetos y de personas que conforman el lazo social y cultural (aunque sea en su malestar). Pero el vínculo filial de la madre en el deseo con el hijo se transforma: la maternidad camina a su desvalorización y el deseo fálico de la mujer se desliza hacia otro lugar, mientras que el sostenimiento en el significativo paterno, tiene fundamentos de barro, en palabras de Ibáñez:

En la actualidad, la función materna se halla psicológica y socialmente desvalorizada. La deshumanización, y una de sus causas a la vez que resultado, la violencia, se incrementan peligrosamente por la insuficiencia maternal. En los medios sociales no se privilegia a la madre, en el ámbito íntimo, subjetivo, la mujer crece o quiere realizarse en lugar o en detrimento de ser madre (...) pero lo que no puede pasarse por alto es que de la experiencia materno-filial depende el futuro humano. Se habla de la urgente necesidad de prevenir la delincuencia. Pero, ¿cómo puede prosperar la prevención si la raíz misma de la humanidad está carcomida o ausente? (Ibáñez, 1997:194)

La modernidad vuelve líquido todo aquello que pasa por el mercado envileciendo sus resultados: disuelve las funciones primarias del Don en la alianza matrimonial, vale decir, acomete las funciones inconscientes que llevan a cabo el padre y la madre, desbaratando el árbol generacional, única posibilidad de trascender a la discontinuidad de la muerte por medio de la filia inestimable de ese otro que antecede y otorga un nombre: sostén del presente y esperanza de futuro. El árbol cae, en detrimento de la historia y de la memoria. Cada ramal o eslabón es despliegue temporal que forma una trama de sentido, un relato lenguado; linaje y sistema de ligaduras sociales que luchan contra el olvido. Expresar el malestar es apostar por el sentido y asumir la mortalidad ineludible como nuestra propia sombra: piedra viva de la castración (Freud). La modernidad colapsa las estructuras elementales del parentesco y con esto la función paterna que anuda cada vez menos en la política, la religión o la cultura, como afirma el sociólogo español Ibáñez:

El padre señala la dirección del futuro, el trabajo transinfinito para superar los límites, la madre señala la dirección del pasado, el útero, a la naturaleza, a la materia (es la matriz de toda utopía): progreso y regreso. La madre aporta el contenido del deseo, mirarme en su mirada, comparar mi cuerpo con el reflejo del suyo: el padre aporta su dirección, la dirección transinfinita, transgresión del infinito (pasaje del sujeto por el orden simbólico o la historia como cascada transinfinita de revoluciones). La madre es lo positivo (lo

imaginario o visible, lo especular, la utopía y la ucronía): el padre es lo negativo (lo simbólico e invisible: castración, teología negativa). El cuerpo de la madre es caverna y laberinto: explorar es penetrar (también la exploración cognoscitiva: juguete destripado), cavar en el cuerpo de la madre, búsqueda de un agujero en el que (re) nacer; escuela, partido, sesión analítica, templo (Ibáñez, 1997: 44-45).

Sin novela familiar el futuro no importa, porque no hay ideales por que luchar, el deseo voltea en búsqueda por la ucronía materna, que impone el goce, incluso a costa del otro, en el aquí y el ahora, en tribus urbanas como la “mara salvatrucha” o los cholos que coluden en su violencia y se enlazan en su complicidad criminal. El grupo se sumerge en el fantasma arcaico del goce siniestro. La modernidad excluyente genera su propia basura social y ésta, retorna de los subterráneos a exigir su parte a través de la economía informal, de las bandas delincuenciales, el asesinato serial, el consumo o el narcotráfico.

Esta misma modernidad es también un terreno fértil para otros actores que exigen parte en el escenario del crimen, escenario que, por cierto, es muy distinto al descrito por el inglés Edwin Sutherland en sus *Ladrones profesionales*, de principios del siglo XX (Sutherland, 1993). El consumo nivelador impera y el sujeto queda a la deriva enchufándose a las terminales dichas que lo sostienen en este nuevo juego vertiginoso que impera en el mercado de la droga, de la sexualidad y del crimen organizado. El interdicto, repetimos, pierde su valor y el horror al contacto con lo mismo se desvanece: el incesto amorfo y devorante retorna de lo reprimido para tomar cuerpo en figuras diversas de la criminalidad, su virulencia hacia el cuerpo es su característica. Depredadores sociales, cazadores de cabezas y antropófagos modernos son los nuevos actores que entran a escena.

Aproximaciones conceptuales en torno a la violencia

Nunca de mí se diga que yo dejé a mis hijos a las burlas y desdenes de mis enemigos! ¡Mueran, fuerza es que mueran y es urgente que yo les di vida, les de también la muerte. Todo me empuja a eso: retroceder no puedo! Inevitablemente es.

Medea

El psicoanálisis afirma que la Ley inhibe la trasgresión -gracias a la instauración de la culpa-, no obstante, igual afirma que esta misma ley puede impulsar al

acto criminal. La ley entonces, ya no funge como ideal a seguir en el escenario social, sino como imperativo sádico que busca el disfrute carnal. Los sujetos, más allá de cualquier emoción, son simples piezas dispuestas a ser ensambladas desde sus terminales de goce y, como toda pieza, puede ser reemplazada en caso de no servir más. La apropiación mortífera es el fundamento de este imperativo categórico: sustracción, obtención, caída del objeto perdido (Gerber, 2005). Idea interesante para descifrar la fantasía criminal en el momento mismo del asesinato, del sentido del rostro inerte, del papel de la asfixia o la obsesión fetichista por coleccionar partes u objetos de la víctima. Recordemos que Edmund Kemper, el asesino serial, entrevistado por Ressler, confesaba que necesitaba matar a sus víctimas para sustraer de ellas el “espíritu” (Reesler, 1997).

El asesinato serial, los asesinatos sin justificación aparente, y el terror que imprime el llamado crimen organizado forman parte de la flamante modernidad tecnológica que, al excluir a la mayoría de sus beneficios, resalta más el contraste. Puede ser útil realizar una clasificación de la criminalidad y decir, por ejemplo, que existen crímenes que se hacen por negocio, otros por venganza pasional, etcétera y no diferiría por mucho esta u otra clasificación de aquellas realizadas por César Lombroso, Rafael Garófalo o Enrico Ferri, fundadores de la criminología. De cualquier forma, un suicidio o un asesinato son analizadores sociales que revelan la conflictiva del hombre con la sociedad; su desprecio, el intento de trascender, su identificación con la muerte.

El importante psiquiatra noruego David Abrahamnsen estaba convencido que todo homicidio era un suicidio del ego y viceversa, lo que implica que el acto de matar nace de los vínculos emocionales y de nuestra conformación imaginaria con el otro. Abrahamnsen afirmaba también que los homicidas eran personas que inconscientemente querían un lugar importante junto a la madre, lo que permite deducir la consistente naturaleza sexual e incestuosa del asesinato: secuela de la obliteración de la ley. De ahí que también pueda leerse el asesinato como una forma desplazada de encuentro erótico con el otro, encuentro de naturaleza destructiva que se apropia del cuerpo cosificándolo (Abrahamnsen, 1993). Al secuestrador Arizmendi dinero y oro centenario no le faltaba, símbolo de su omnipotencia ilimitada, sin embargo,

ello no fue suficiente para dejar de delinquir; el reincidente es a su vez un insistente que interroga a la ley a través de ese otro escenario inconsciente. Cada negociación, derivó inevitablemente en la mutilación del cuerpo del cautivo; frustración e ira puesta a examen sistemático, pregunta sin respuesta en torno al deseo por el otro. El corte intenta el límite, que sólo retorna de forma siniestra en el cuerpo del otro. Deseo y ley están presentes en un juego frente a frente. La Ley prescribe y se interioriza en un saber: si, ya lo se, pero el deseo rebate: pero aún así (Mannoni, 1990).

Robert Ressler, el ex agente del FBI y quien durante décadas se dedicó a analizar y caracterizar a los asesinos seriales, destacaba esta misma cercanía de muchos de ellos hacía sus madres; cercanía mortífera, de una oscilación y ambivalencia sofocante que estallaba muchas veces en actos aparentemente incomprensibles, como el de matar adolescentes poco después de discutir con la madre, de masturbarse frente a una cabeza cercenada o de enterrar los cuerpos femeninos cerca de la casa materna.² Ley que falla en el mismo momento de su mandato, imposibilitando con ello la relación simbolígena con el cuerpo de la mujer. El ginocidio (el odio a las mujeres) se relaciona con el terror por la diferencia sexual.

Cuchitas o cabecitas blancas que abandonadas por el macho, cultivan en su hijo la única esperanza de que madre solo hay una confundiendo maternidad con feminidad, mujeres fálicas que en su fantasma de omnipotencia desprecian la diferencia sexual y el orden de la razón para descargar en el hijo la maldición de la maternidad, provocando, estimulando, toda clase de fantasías de destrucción arcaica. El antropólogo Gregory Bateson, afirmaba que una madre de naturaleza esquizofrenógena somete al hijo a un mundo caótico y angustiante, consecuencia de su comunicación paradójica que lo coacciona sin posibilidad de salida (Bateson, 1991). El sarcasmo, la humillación y el frío deseo, establecen un intercambio ambiguo y simbiótico que toma su máxima expresión y concordancia situacional en el delirio. El psicoanalista Giuseppe Amara destaca de los análisis y testimonios de los libros de Ressler, en torno a los asesinos seriales, este papel de la madre como un ser astuto,

² Consultar: Robert K. Reesler, *Dentro del monstruo. Un intento de comprender a los asesinos en serie*, Barcelona, Alba Editorial, 1997; Robert K. Reesler y Tom Shachtman, *Asesinos en serie*, Barcelona, Ariel, 2005.

...con una extraordinaria capacidad para infundir desorientaciones y contradicciones caóticas. Aquí entendemos por caos la interpretación de las cosas del mundo en una constante desarticulación, donde cada parte es informada en sí misma o nulificada por otras (Amara, 1998:105).

Situación de inescapabilidad paradójica que tiene por principio al desconocimiento y existencia del otro, similar a los sistemas homeostáticos que son proclives a las transacciones esquizofrénicas en donde la indefinición de la relación es la característica principal del grupo familiar (Selvini, 1990). Sin duda, en el juego del deseo, el doble vínculo, la ambigüedad y la simbiosis del lazo primigenio, conducen a la conducta criminal o psicótica.

La madre que atrapa al hijo en su fascinación fálica, lo imposibilita a relacionarse con otras mujeres, lo que le provoca la dicotomía extrema y fatal hacia las mismas: por un lado la santidad materna y virginal, por el otro lado, la puta. Una pista teórica invaluable para discernir la conformación de una personalidad violenta, es sin duda la psicoanalista inglesa Melanie Klein quien tiene la tesis del odio primordial del bebé con el cuerpo de la madre (acercamiento cognitivo, proceso de diferenciación del amor y el odio, así como de las fantasías arcaicas con el pecho). En la relación madre/hijo puede darse –y de hecho así sucede- la posibilidad de establecer una relación de intercambio destructivo en donde persistan las fantasías de destrucción como una forma de dominio, conocimiento e interrogación al deseo del otro, se afirma que los asesinos seriales “desde la infancia cultivaron junto con las capacidades cognitivas, anhelos y fantasías de destruir el cuerpo materno. Por lo común ocurre que el matricida ataca a otras mujeres para no destruir a la propia madre.” (Amara, 1998:77). El hijo, queda atrapado en un mismo cuerpo, compartiendo un mundo de órganos internos e instintos incapaces de ser transmutados en símbolos y afectos, en palabras de Mannoni:

La madre encuentra un sentido (para su propia existencia) al convertirse en la dueña de los órganos de su hijo; la madre revive cualquier separación nueva entre ella y su hijo como un duelo. Induce a su hijo a no poder huir del territorio protegido que se ha construido con él, a vivir, al margen del surgimiento de lo insólito, la vida regular y protegida a la que está condicionado en adelante. Separado espacialmente de la madre, el niño permanece ligado a ella en el plano de los órganos hasta el punto de que las separaciones entre madre e hijo conducen a malestares o desórdenes orgánicos más o menos espectaculares pero necesarios para que el niño pueda a partir de entonces reconquistarse como ser separado de la madre (Mannoni, 1997:75).

Padres omnipotentes que atrapan en el imaginario al hijo varón haciendo de éste su propio juguete fálico o que lo instigan hasta llevarlo al suicidio; difícil es discernir cuando de ello resulte un sujeto esquizofrénico, un joven sicario, un criminal reincidente o asesino en serie. Aunque sin duda, en el núcleo filial se conforma esa invitación al deseo ilimitado que se arroja, en su violencia, al abismo del goce. Exceso de permisividad o exceso de violencia: la ley falla y la estructura se desdibuja. La contra cara de la ley es, sin duda, el goce y este tiene relación con los cuerpos erogenizados en la destrucción y el odio. Dice Amara:

Más allá del decantado amor materno, se ha reconocido que el hijo puede experimentar miedo hacia la madre y a su falta de protección y apoyo, lo que fomenta la dependencia. Pero lo que más se oculta o despierta una resistente incredulidad, es el sentimiento de hostilidad contra la figura sacralizada. Tales tendencias pueden englobarse en el término simbólico de 'matricidas'. Tendencias que si ocasionalmente culminan en la tragedia, se mantienen en la fantasía, motivan la conducta encubridora o reactiva, y hasta pueden inducir al suicidio o el homicidio cuando no son suficientemente compensadas por el amor o frenadas por el miedo (Amara, 1998:73-74).

La ley falla por exceso de violencia u omisión. La eficacia de la ley simbólica, que orienta y traza límites estriba en diferenciarse de los extremos: por un lado, del padre autoritario que privilegia el goce de su cuerpo antes que cualquier otra cosa; es el padre de horda: alcohólico, golpeador e incestuoso. Por otro lado, el padre débil, borroso, siempre angustiado e incapaz de cumplir con sus funciones; es un padre que, en aras de la democracia y la permisividad, revierte la estructura, colocándose como "hijo del hijo", es un padre incapaz de transmitir su nombre, en tanto significante centrípeto (Legendre, 1985). En lo que cabe a la función materna, se sabe de su importancia en tanto naturaleza nutricia que no sólo alimenta sino vivifica al hijo por medio del intercambio simbolígeno de palabras, caricias, miradas, etcétera, introduciendo así al cuidado por el sí mismo (narcisismo), fundamental para el logro de los futuros intercambios (Dolto, 1990). El Don de amor, es transmisión de un lugar en el deseo del otro, de reconocimiento de un ser diferente y autónomo. El dicho que afirma que "hay amores que matan" refleja en parte la otra cara de la moneda. Y es que la madre puede apropiarse del hijo y hacer de éste su objeto de angustias, culpas, reproches o fantasías vampirísticas de cualquier índole, a fin

de cuentas, como sabe Medea, aquella que da vida, también puede dar la muerte.

La relación de los jóvenes sicarios de Colombia y los asesinatos ocurridos en Ciudad Juárez se explican en parte por ese culto y exaltación a la madre por la cual se es capaz de asesinar. Una madre glorificada que se proyecta y desdobla en imágenes religiosas que, paradójicamente, castigan si no se les ofrenda y consiente con un buen altar: vírgenes permisivas, que perdonan e instigan al sacrificio suicida (Ramírez, 2000). La modernidad, y esa es nuestra tesis, al desbaratar el genograma básico parental, desdibuja la función paterna, fusionando a la madre con el hijo en un cuerpo a cuerpo que imposibilita a este último a posteriores intercambios subjetivos con la mujer. Y en su imposibilidad aterradora los sentimientos de hostilidad y odio se desplazan a otras mujeres de carne y hueso, paralelamente, los sentimientos de lealtad, exaltación y engrandecimiento maternal son dirigidos hacia las imágenes de vírgenes protectoras (como la virgen de los sicarios, la virgen del socorro, la virgen auxiliadora o la santísima muerte hembra), a quienes se les brinda parte del botín. El empañamiento de la función paterna tiene su correlato en la omnipotencia materna y su imperativo de goce. Descabezamientos de policías o asesinatos y mutilaciones de mujeres son consecuencia de un juego vertiginoso que se interroga por la Ley. Son figuras criminales que sedimentan en el mismo terreno fértil.

Caras de un mismo espejo que la modernidad magnifica y que se manifiesta en las marcas que los asesinos de mujeres dejan en el cuerpo de las víctimas: mutilaciones y mordiscos en los pezones (recordemos que los senos son el contacto entre el cuerpo de la madre y el niño, transmisores del alimento vital, lugar del goce arcaico, contacto con los sentidos y el rostro de la madre), golpes, tortura, introducción de objetos en el cuerpo inerte, muerte por asfixia (González, 2002). De ahí que no sea casual que el perverso se excite al verse en el rostro inerte de la mujer, rostro rememorado de una madre fría o ausente, o con algunas partes de ella. En 1973, el asesino serial Kemper mata a disparos a la joven Cyndi a quien le da un "aventón". Desmiembra el cuerpo y entierra la cabeza en el jardín de la casa materna, declarando después a modo de broma: "que había enterrado la cabeza ahí dado que su madre siempre

deseaba que todo mundo la viera hacia arriba.” El descabezamiento de la mujer, para Amara, implica un acercamiento de erotomanía pornográfica que exalta el orgasmo y des-subjetiva la relación sensual y emocional con la mujer. Interesante es destacar que algunos tatuajes y dibujos de los presos representan a la mujer desnuda y sin cabeza. El tema del desconocimiento del rostro en el asesino serial y el esquizofrénico es un isomorfismo interesante para continuar estudiando el problema de la relación simbólica con la madre y la identificación especular con el niño. Con respecto al asesino serial, comenta el psicoanalista Amara:

Existe un amor siniestro y terrible que tiende a destruir e incorporar al ser deseado no sólo en la fantasía, sino a expensas de la carne y el cuerpo de la víctima. Este amor fúnebre pretende gozar la posesión del cuerpo deseado con el poder y dominio de la misma muerte [...] los deseos destructivos, por la fascinación al odio hacia la madre y las mujeres, tienden a parcializar el cuerpo de la víctima mediante una auténtica desmembración. La parte, en este caso, debe estar dominada, muerta y, por su condición efímera, destinada para un solo acto simbólico y mágico, que se cumple durante un breve periodo y se incrusta en la mente del criminal para siempre [...] por el ritual macabro con el que disfruta las partes hasta que se pudren, el matricida intenta transformar estas partes en existencias absolutas, perenes.” (Amara, 1998:77-79).

“Para que aprendan a respetar”, es la nota que dejan, junto a las cabezas cercenadas y aventadas cerca del cuartel de policía, los delincuentes. Destaca la mutilación como un gasto innecesario después de la muerte; pero ese plus es el sello del crimen organizado que desprecia la vida y se alimenta de lo siniestro. Cada sociedad inventa sus propias exequias y los criminales sus nuevas reglas del juego, de un juego con el vértigo. Que la ley no se meta con goce es virar la condición básica sobre la que se funda la relación humana. La cabeza que los narcotraficantes brindan al padre -así como el asesino serial se la brinda a la madre- es afrenta del terror a la castración que retorna en la necrofilia. El psicoanalista Amara, retomando a Dostoyevski, comenta:

Dostoyevski estaba convencido de que el amor al género humano, y aún el amor –más personal- al *prójimo*, sólo puede darse por la fe en Dios y de que el alma del hombre es inmortal. Extinguida la fe en Dios y en la inmortalidad, el otro dejará de ser digno de respeto. Ya no habrá ni a quien amar ni a quien temer: ¡Todo está permitido... hasta el crimen! (Amara, 1998:64)

En un mundo en donde Dios ha muerto y todo está permitido, las figuras imaginarias de la maldad, van en la búsqueda de su sentido, sentido que

pretenden encontrarse en el cuerpo inerte del otro, en su desmembramiento y mutilación. Y es que la modernidad transforma el núcleo familiar y sus funciones de maternaje narcisístico y de orientación simbólica hacia ese otro escenario en donde priva la trasgresión y el vértigo necrofílico. El capitalismo transfigura el deseo en goce. Las neurosis dan paso a las perversiones y psicosis, configuraciones psíquicas de los nuevos tiempos.

Bibliografía

Abrahamnsen, D. (1993), *La mente asesina*, México, Fondo de Cultura Económica.

Amara, G. (1998) *Cómo acercarse a... La violencia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Bateson, G. (1991), "Forma y patología de la relación", *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aites, Lohlé-Lumen.

Bronislaw, M. (1986) *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*, México, Artemisa, Obras completas del pensamiento contemporáneo, núm. 45.

Dolto, F. (1990), *La imagen inconsciente del cuerpo*, Barcelona, Paidós.

Durkheim, E. (1991), *Las formas elementales de la vida religiosa*, México, Colofón.

Gerber, D. (2005), *El psicoanálisis en el malestar en la cultura*, Buenos Aires, Lazos.

González, S. (2002), *Huesos en el desierto*, Barcelona, Anagrama.

Hobbes, T. (1980), *Leviatán o la materia, forma y poder de una república, eclesiástica i civil*, México, Fondo de Cultura Económica.

Ibáñez, J. (1997), *Por una sociología de la vida cotidiana*, Madrid, Siglo XXI.

Legendre, P. (1985), *Lecciones IV. El inestimable objeto de la transmisión. Estudio sobre el principio genealógico de occidente*, México, Siglo XXI.

Locke, J. (1990), *Ensayo sobre el gobierno civil*, Madrid, Aguilar.

Mannoni, M. (1997), *La educación imposible*, México, Siglo XXI, 1997.

Mannoni, O. (1990), *La otra escena: claves de lo imaginario*, Buenos Aires, Amorrortu.

Mauss, M. (1991), *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos.

Ramírez, M. (2000), *Aporías de la cultura contemporánea*, Medellín, Universidad de Antioquia.

Reesler, R. (1997), *Dentro del monstruo. Un intento de comprender a los asesinos en serie*, Barcelona, Alba Editorial.

Reesler, R., y Shachtman, T. (2005), *Asesinos en serie*, Ariel.

Selvini, M., et., al. (1990), *Los juegos psicóticos de la familia*, Barcelona, Paidós.

Sutherland, E. (1993), *Ladrones profesionales*, Madrid, La Piqueta.